

ECHAENNE

La cuidada edición del Fuero de Miranda de Ebro por D. Francisco Cantera (1) no deja de ofrecer interés para los estudios de toponimia vasca. En el prólogo, p. 27, reúne el editor varios «iberismos, vasquismos, etc.», en particular toponímicos, entre los que figura el que encabeza esta nota: *Echaenne*.

De los nombres allí citados, algunos (*Bardahuri*, *Huriçahar*, *Inharraza*) tienen clara explicación vasca, en todo o en parte. Pero, si en el caso de *Echaenne* no nos queremos contentar con una mera impresión, tenemos que empezar por estudiar las variantes atestiguadas, afortunadamente no escasas, del nombre.

El fuero, concedido por Alfonso VI en 1099, sólo es conocido en versiones tardías, la más antigua de las cuales es la confirmación de Fernando IV en 1298. En este ms. se contiene el pasaje (línea 87, p. 44 de la edición Cantera) «...deinde ad uadum echaenne». De las variantes de otros mss. sólo nos interesa recoger *echahene* en la confirmación de 1425.

En su nota 70, p. 99, el editor añade importantes precisiones. En una ejecutoria de 1537 se habla del «bado de *Chahani*», de «la presa que dizen de los tobares de *chaham* [var. *Chaane*] que es en el río de horon» y de «los tobares de *chachane* donde esta la piedra [mojonera] en el rio horonçillo». En escritura de 1599 se menciona el «bado de *acha ani*», y en documento de 1679 el «Molín del bado de la *Achena*». «Aún existe hoy —termina diciendo— el término llamado *Achañe*, en el límite municipal de Bugedo y Ameyugo».

Con todo esto estamos en condiciones de proponer con confianza una etimología de este topónimo, o mejor de aplicar a él una etimología propuesta ya para varios nombres de población. En voces de origen problemático, aun pertenecientes al léxico común, suele prolongarse durante mucho tiempo, sin mayores esperanzas de solución definitiva, la disputa entre opiniones encontradas que no llegan a satisfacer plenamente. Pero alguna rara vez alguien acierta con una explicación, sencilla y hasta obvia, que se impone a todos desde el momento mismo en que se enuncia.

Esto ocurrió con *Chamartín*. En un artículo de la *Revista de Filología Española*, 35, 1 ss. (2), D. Ramón Menéndez Pidal propuso la simple explicación *Eita (Aita) Martín*, que al mismo tiempo daba cuenta de *Chavida*, cuyo segundo elemento es un antropónimo frecuente en la Edad Media, de *Chagarcía* y de *Chaherrero* (3).

(1) Francisco Cantera, *Fuero de Miranda de Ebro*, Madrid 1945.

(2) Reimpreso en *Toponimia prerrománica hispana*, Madrid 1952, 223 ss.

(3)

No es necesario insistir en que esa especie de *praenomen*, usado también como nombre único y documentado en muchas variantes, tiene el mismo origen que el vasc. *aita* «padre». Otros apelativos, corrientes todavía hoy en nuestra lengua, tuvieron también empleo parecido, con mayor o menor difusión: *Ama*, *Amunna*, *Annaya* (*Annaya Vita* junto a *Ecta Vita*, etc.).

Queda dicho sin más cuál es la etimología que proponemos para *Echaenne*. El pasaje citado arriba del documento de 1599, con su separación posiblemente casual, «bado de *acha ani*», parece estar proclamándolo a gritos. Cf., per ejemplo, «usque ad Fontellam de Eita Gomiz» en un documento del año 1020 relativo a una zona no lejana (4).

El segundo elemento de *Echaenne*, es decir el nombre en sentido estricto, es también bien conocido. Se trata naturalmente de (*H*)*anni*, *Fanne*, de donde se formó el patronímico que hoy nos es más familiar *Fanniz*, es decir *Hañez*, *Fañez* (5). Casualmente en el Cartulario de S. Millán, en un documento del año 1035 (6), se lee: «...unam vicem in illo molino de Acta Fanni, de casa usque in illa via que vadit ad Amiugo cum suo prato et cum sua terra, et tres terras in Oron,...» A juzgar por los términos mencionados en él, ésta parece ser una mención más antigua que las del fuero del molino de *Echa Hañe*, de donde probablemente tomaría el nombre el vado en el río Oroncillo.

Dos observaciones nos quedan por hacer. En primer lugar, la forma moderna *Achañe* acusa una evolución fonética nada vasca, sino completamente romance. Esto es seguro por lo que respecta a *ch* de *yod+t* (cf. cast. *leche*, *pecho*, etc.), y probable en el caso de *ñ*, si la forma antigua tenía *nn*, cuyo resultado vasco entre vocales ha sido *n*.

La otra se refiere a la forma antigua de vasc. *aita*. Menéndez Pidal, al hablar de «ibérico o vasco antiguo *eita* «padre» (vasco moderno *aita*)» (7), parece inclinado a pensar que el diptongo moderno *ai*-viene de un más antiguo *ei*-. Sea o no correcta esta interpretación de su pensamiento, el problema, importante para la fonética histórica vasca, merece ser planteado.

Un somero examen del léxico vasco permite constatar que, frente a la relativa frecuencia de *ai*- (precedido o no de *h* en los dialectos que conocen la aspiración), *ei*- es muy escaso. Más aún: los ejemplos de *ei*- entran, al menos en su inmensa mayoría, en uno de dos grupos. En el primero, aquéllos como guip. vizc. *eiza*, *eize* «caza», donde el diptongo es sin duda secundario, pues las vocales estaban separadas en otro tiempo por una consonante. Sin entrar en precisiones, la inicial que hay que restituir en este caso es *eni*- o *ini*-. Para el segundo, puede servir de modelo el b.-nav. lab. sul *eihar*

(4) D. Luciano Serrano, *Cartulario de San Millán de la Cogolla*, Madrid 1930, núm. 87, p. 99.

(5) R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español* 3, p. 209, n. 4.

(6) Op. cit., núm. 103, p. 121. Parece haber dudas en cuanto a la fecha exacta.

«seco, yerto». En los dialectos occidentales, que tienen *igar*, el diptongo aparece reducido a *i*. Es difícil asegurar, claro está, si había una consonante antigua detrás del diptongo o si es original por el contrario la división en sílabas que suponen el ronc. *éxar* y el sal. *ear*, de **e-iar*. Pero, puesto que faltan ejemplos seguros de *ei* antiguo+consonante, y no hay razón especial para pensar que el diptongo no ocurriera en esa posición, habremos de decidimos por la idea de que *ei* se modificó, ya se confundiera con *ai* ya se redujera a *i*.

Creemos que en un grupo de ejemplos, morfológicamente bien definido, se puede demostrar que fué precisamente esto último lo que ocurrió, a pesar de que *ei* se conservó ante consonante tras consonante inicial (*deitu* «llamado», etc.). Los participios más antiguos de la lengua comienzan, como es bien sabido, por *e—* o *i—*. Schuchardt, en un artículo importante a pesar de su brevedad (8), estableció que ambas vocales, al parecer indistintamente, eran variantes de un mismo morfema que, aparte de los participios, se conserva fosilizado en muchos nombres vascos que empiezan por *e—* *i—*.

Schuchardt, como de costumbre, no se preocupó demasiado de determinar la distribución de las supuestas variantes, único medio de probar que efectivamente lo son. La realidad es que, en muchos casos, una *i—* moderna puede explicarse perfectamente partiendo de ant. *e—*: *ikusi*, por ejemplo, por *ekusi*, o *iduki* por *eduki*, están en la misma relación que *tipula* etc., «cebolla» con su forma antigua que, según el testimonio del latín y de las lenguas romances, tenía *e* en la primera sílaba, o que *iguzki* con *eguzki* cf. (*egun*, *ekhi*). Esta *e* común ayer y hoy en casos como *egon*, o conservada en la actualidad tan sólo en una parte del país en casos como *ekusi*, *ikusi*, aparece sustituida por *a* en formas unipersonales de verbos intransitivos y bipersonales de transitivos: *d-a-go*, *d-a-kus*, etc.

Pero junto a estos participios hay otros, particularmente de causativos, que tienen normalmente *i—*, vocal que se conserva en las formas personales: *i-raun* / *d-i-rau*, *i-garo* / *d-i-garan*, etc. El caso particularmente claro es el del auxiliar intransitivo, participio *izan*, cuya *i—* se conserva en la conjugación: *naiz*, *niz*, ant. vizc. *nax* (de *naiz*, como *gox* de *goiz*, etc.). Ahora bien, si hay algo seguro —aunque frecuentemente desconocido— en el análisis del verbo vasco, es que aquí *i* no es ningún «prefijo», sino que forma parte de la raíz, que es *-iz(a)*: cf. *l-iza-te* «sería», en otros tiempos forma común, etc.

Si admitimos pues, como parece razonable, que *e—* es prefijo común al grupo aparentemente más antiguo de participios vascos, es decir que se anteponía tanto a raíces de inicial vocálica (cf. *j-aki-n* «sabido», de **e-aki-n*, etc.) como de inicial consonántica, no se ve razón para que no se antepusiera también cuando la raíz empezaba por *i*. Y hasta ahora ningún teórico de las raí-

ces vascas, especialidad poco desarrollada por lo demás, ha demostrado, ni es fácil que demuestre, que éstas no podían empezar por esa vocal.

Todo recomienda pues el poner como forma antigua, junto a *e-go-n*, conservado hasta hoy, y a **e-aki-n*, de donde *j-aki-n*, un **e-iza-n* del cual proviene la única forma atestiguada *izan*. Esto nos permite decidir con seguridad razonable que el diptongo antiguo *ei* — no se confundió en inicial absoluta con *ai* —, sino que se redujo a *i* —, fenómeno nada sorprendente y del que se conocen ejemplos — en condiciones naturalmente algo diferentes — en lenguas no extrañas a nosotros.

Y también, volviendo al punto de partida, que vasc. *aita* «padre», continúa un antiguo *ai* —, y no *ei* —, a pesar de que en la documentación medieval, por razones no difíciles de explicar, predomina *Eita* sobre *Aita*.

LUIS MICHELENA

